

mujer y ponerle una mordaza en aquella boca, que debió de hacérsela un fraile, según es de pedigüeña! ¡Cuidado que soportar esto treinta años!... Pero ya, gracias á Dios, he tenido valor para soltar mi cadena y recobrar mi personalidad. Ahora yo soy yo, y nadie me tose, y por fin he aprendido lo que no sabía: á renegar de Pura y de toda su casta, y á mandarlos á todos á donde fué el padre Padilla.

No pudiendo reprimir su entusiasmo y alegría, dió tales manotadas, que los pájaros huyeron.

XLIII

— No seais tontos... con vosotros nadie se mete. ¿Por quién me tomáis? ¿Por algún Ministro sin entrañas, que quita el pan á los padres de familia para darlo á cualquier gandul? Porque vosotros también sois padres de familia y tenéis hijitos que mantener. No os asustéis, y tomad más miguitas... Creed que si mi mujer hubiera sido otra, la de Ventura, por ejemplo, yo no habría llegado á esta situación... La esposa de Ventura, de quien la mía se burla tanto porque dice bacalao de *Escuecia*, vale más que ella cien veces... Con Pura no hay dinero que alcance; ni la paga de un Director. El maldito suponer, el trapito, las visitas, el teatro, los perendengues y el morro siempre estirado para fingir dignidad de

personas encumbradas, nos perdieron... No temáis, tontos; podéis acercaros, aun tengo más migas... En cuanto á Milagros, vosotros convendréis conmigo en que, si es buena y sencilla, no por eso deja de ser una inutilidad como su hermana. ¡Qué bien hizo aquel que se tiró al agua! Pues si no se tira y carga con ella, á estas horas se habría ahogado cien mil veces quedándose vivo, que es lo peor que le puede pasar á un cristiano... Entre las dos hermanitas me han tenido á mí lo mejor de mi vida con un dogal al cuello, aprieta que te apretarás... No dirán que me he portado mal con ellas, pues desde que me casé... Ahora me ocurre que, cuando fui á pedir al señor Escobios la mano de su hija, el apreciable médico del Cuarto Montado debió arreararme un bofetón que me volviera la cara del revés... ¡Ay, cuánto se lo hubiera agradecido más adelante!... Coman, coman tranquilos, que aquí no estamos para quitarle el pan á la gente... Pues decía que desde que me casé hasta la fecha, he sido víctima de la insubstancialidad y el desgobernio de esas dos tarascas, y no podrán quejarse de que no he sido sumiso y paciente, ni tampoco de que las abandono y las dejo en la miseria, pues no me he determinado á recobrar mi libertad sino al saber que quedan al amparo de Ponce, que es un bendito y les mantendrá el pico, pues para eso le dejó todas sus migas el tío notario. ¡Ay, ínclito Ponce, y qué mochuelo te

toca! Ya verás lo que es canela fina. Si no tienes cuidado, pronto te liquidan... te evaporan, te volatilizan, te sorben. Allá se las haya. Yo he cumplido... he cargado mi cruz treinta años; ahora, que la lleve otro... Se necesitan espaldas jóvenes... y el peso es mayúsculo, amigo Ponce. Ya lo verás... Si he de ser franco, te diré que mi hija, sin ser un talento, vale más que su mamá y su tía; tiene algunas ideas de orden y previsión; no es tan amiga de echar plantas... Pero cuidadito con ella, Ponce amigo, porque ó yo no entiendo nada de afectos y afecciones de mujeres, ó á mi Abelarda le gustas tú lo mismo que un dolor de muelas. Nadie me quita de la cabeza que ese peine de Víctor le había sorbido los sesos... Pero cásese en buen hora, y si son felices las señoras *Miaus*, y aprenden ahora lo que ignoraban en mi tiempo, yo me alegraré mucho y hasta las aplaudiré desde allá: vaya si las aplaudiré.

Con estas meditaciones, harto más largas y difusas de lo que en la narración aparecen, se le fué pasando la tarde á Villaamil. Dos ó tres veces mudó de sitio, destrozando impíamente al pasar alguno de los arbolillos que el Ayuntamiento en aquel erial tiene plantados. «El Municipio — decía — es hijo de la Diputación Provincial y nieto del muy gorrino del Estado, y bien se puede, sin escrúpulo de conciencia, hacer daño á toda la parentela maldita.

Tales padres, tales hijos. Si estuviera en mi mano, no dejaría un árbol ni un farol... El que la hace que la pague... y luego la emprendería con los edificios, empezando por el Ministerio del cochino ramo, hasta dejarlo arrasado, arrasado... como la palma de la mano. Luego, no me quedaría vivo un ferrocarril, ni un puente, ni un barco de guerra, y hasta los cañones de las fortalezas los haría pedacitos así».

Vagaba por aquellos andurriales, sombrero en mano, recibiendo en el cráneo los rayos del sol, que á la caída de la tarde calentaba desforadamente el suelo y cuanto en él había. La capa la llevaba suelta, y tuvo intenciones de tirarla, no haciéndolo porque consideró que podía venirle bien á la noche, aunque fuese por breve tiempo. Paróse al borde de un gran talud que hay hacia la Cuesta de Areneros, sobre las nuevas alfarerías de la Moncloa, y mirando al rápido declive, se dijo con la mayor serenidad: «Este sitio me parece bueno, porque iré por aquí abajo, dando vueltas de carnero; y luego, que me busquen... Como no me encuentre algún pastor de cabras... Bonito sitio, y sobre todo, cómodo, digan lo que quieran».

Pero luego no debió parecerle el lugar tan adecuado á su temerario intento, porque siguió adelante, bajó y volvió á subir, inspeccionando el terreno, como si fuera á construir en él una casa. Ni alma viviente había por allí. Los go-

rriones iban ya en retirada hacia los tejares de abajo ó hacia los árboles de San Bernardino y de la Florida. De repente, le dió al santo varón la vena de sacar un revólver que en el bolsillo llevaba, montarlo y apuntar á los inocentes pájaros, diciéndoles: «Pillos, granujas, que después de haberos comido mi pan pasáis sin darme tan siquiera las buenas tardes, ¿qué diríais si ahora yo os metiera una bala en el cuerpo?... Porque de fijo no se me escapaba uno. ¡Tengo yo tal puntería!... Agradeced que no quiero quedarme sin tiros; pues si tuviera más cápsulas, aquí me las pagabais todas juntas... De veras que siento ganas de acabar con todo lo que vive, en castigo de lo mal que se han portado conmigo la Humanidad, y la Naturaleza, y Dios (con exaltación furiosa)... sí, sí: lo que es portarse, se han portado cochínamente... Todos me han abandonado, y por eso adopto el lema que anoche inventé y que dice literalmente: *Muerte... Infamante... Al... Universo...*»

Con esta cantata siguió buen trecho alejándose hasta que, ya cerrada la noche, encontróse en los altos de San Bernardino que miran á Vallehermoso, y desde allí vió la masa informe del caserío de Madrid con su crestería de torres y cúpulas, y el hormigueo de luces entre la negrura de los edificios... Calmada entonces la exaltación homicida y destructora, volvió el pobre hombre á sus estudios topográficos: «Este

sitio sí que es de primera... Pero no; me verían los guardas de Consumos que están en esos cajones, y quizás... son tan brutos... me estorbarían lo que quiero y debo hacer... Sigamos hacia el cementerio de la Patriarcal, que por allí no habrá ningún importuno que se meta en lo que no le va ni le viene. Porque yo quiero que vea el mundo una cosa, y es que ya me importa un pepino que se nivelen ó no los presupuestos, y que me río del *income tax* y de toda la indecente Administración. Esto lo comprenderá la gente cuando recoja mis... restos, que lo mismo me da vayan á parar á un muladar que al propio panteón de los Reyes. Lo que vale es el alma, la cual se remonta volando á eso que llaman... el empíreo, que es por ahí arriba detrás de aquellos astros que relumbran y parecen hacerle á uno guiños llamándole... Pero aun no es hora. Quiero llegarme á ese puerco Madrid y decirle las del barquero á esas indinas *Miaus* que me han hecho tan infeliz».

El odio á su familia, ya en los últimos días iniciado en su alma, y que en aquél tomaba á ratos los vuelos de frenesí demente ó rabia feroz, estalló formidable, haciéndole crispár los dedos, apretar reciamente la mandíbula, acelerar el paso con el sombrero echado atrás, la capa caída, en la actitud más estrafalaria y siniestra. Era ya noche oscura. Resueltamente se dirigió al Conde-Duque, pasó por delante del cuartel, y

al aproximarse á la plaza de las Comendadoras, andaba con paso cauteloso, evitando el ser visto, buscando la sombra y mudando de dirección á cada instante. Después de meterse por la solitaria calle de San Hermenegildo, volvió hacia la plazuela del Limón, rondó la manzana de las Comendadoras, aventurándose por fin á atravesar la calle de Quiñones y á observar los balcones de su casa, no sin cerciorarse antes de que no estaban en el portal Mendizábal y su mujer. Agazapado en la esquina de la plazuela oscura, solitaria y silenciosa, miró repetidas veces hacia su casa, queriendo espiar si alguien entraba ó salía... ¿Irían las *Miuis* al teatro aquella noche? ¿Vendrían á la tertulia Ponce y los demás amigos? En medio de su trastorno, supo colocarse en la realidad, considerando al fin como seguro é inevitable que, alarmada por la ausencia de su marido, Pura ponía en movimiento á todos los íntimos de la familia para buscarle.

Al amparo de la esquina, como ladrón ó asesino que acecha el descuidado paso del caminante, Villaamil alargaba el pescuezo para vigilar sin que le vieran. Propiamente, su cuerpo estaba en la plazuela de las Comendadoras y su cabeza en la calle de Quiñones; su flácido cuello, dotado de prodigiosa elasticidad, se doblaba sobre el ángulo mismo. «Allá sale el ínclito Ponce de estampía. De seguro han ido á casa de Pantoja, al café, á todos los sitios que acostum-

bro frecuentar... Ese que llega echando los brazos me parece que es Federico Ruiz. De fijo viene de la prevención ó del juzgado de guardia... Habrá salido á averiguar... ¡Pobrecillos, qué trabajo se toman! Y cuánto gozo yo viéndoles tan afanados, y considerando á las *Miuis* tan aturdiditas... Fastidiarse; y usted, doña Pura de los infiernos, trague ahora la cicuta; que durante treinta años la he estado tragando yo sin quejarme... ¡Ah!, alguien sale y viene hacia acá... Me parece que es Ponce otra vez. Agazapémonos en este portal... Sí, él es... (viendo al crítico atravesar la plazuela de las Comendadoras). ¿Á dónde irá? Quizás á casa de Cabrera. Trabajo te mando... ¿Habrá bobo igual? No, no me encontraréis; no me atraparéis, no me privaréis de esta santa libertad que ahora gozo, ¡bendita sea!, ni aunque revolváis el mundo entero me daréis caza, estúpidos. ¿Qué se pretende? (amenazando con el puño á un ser invisible), ¿que vuelva yo al poder de Pura y Milagros, para que me amarguen la vida con aquel continuo pedir de dinero, con su desgobierno y su majadería y su presunción? No; ya estoy hasta aquí; se colmó el vaso... Si sigo con ellas me entra un día la locura, y con este revólver... con este revólver (cogiendo el mango del arma dentro del bolsillo y empuñándolo con fuerza) las despacho á todas... Más vale que me despache yo, emancipándome y yéndome con Dios... ¡Ah! Pura, Purita, se

acabó el suplicio. Hinea tus garras en otra víctima. Ahí tienes á Ponce con dinero fresco; cébale en él... ahí me las den todas... ¡Cuánto me voy á reir!... Porque esta doña Pura es atroz, querido Ponce, y como se encuentre con barro á mano, se armó la fiesta, y mesa y ropa y todo ha de ser de lo más fino, sin considerar que mañana faltará la condenada libreta... ¡Ay, Dios mío! El último de los artesanos, el triste mendigo de las calles me han causado envidia en esta temporada; así como ahora, desahogado y libre, no me cambio por el rey; no, no me cambio; lo digo con toda el alma».

XLIV

Fuera del portal, y vuelta á los atisbos. «Saló ahora el chico de Cuevas, afanadillo y presuroso. ¿Á dónde irá?... Busca, hijo, busca, que ya te lo pagará doña Pura con una copita de moscatel... Pues la bobalicona de Milagros estará con el alma en un hilo, porque la infeliz me quiere... Es natural; ha vivido conmigo tantos años y ha comido mi pan... Y si vamos á poner cada cosa en su punto, también Pura me quiere... á su modo, sí. Yo también las quise mucho; pero lo que es ahora, las aborrezco á las dos, ¿qué digo á las dos?, á las tres, porque también mi hija me carga... Son tres apuntes que se me han

sentado aquí, en la boca del estómago, y cuando pienso en ellas, la sangre parece que se me pone como metal derretido, y la tapa de los sesos se me quiere saltar... ¡Vaya con las tres *Miaus!*... ¡Bien haya quien os puso tal nombre! No más vivir con locas. ¡Vaya por dónde le dió á mi dichosa hijita! ¡Por enamorarse de Víctor!... Porque, ó yo no lo entiendo, ó aquello era amor de lo fino... ¡Qué mujeres, Dios santo! Prendarse de un zascandil porque tiene la cara bonita, sin reparar... Y que él la desprecia, no hay duda... Me alegro... Bien empleado le está. Chúpate las calabazas, imbécil, y vuelve por más, y cástate con Ponce... Francamente, si uno no se suprimiese por salvarse de la miseria, debiera hacerlo por no ver estas cosas».

Como observara luz en el gabinete, se encalabrínó más: «Esta noche, Purita de mis entretelas, no hay teatrito, ¿verdad? Gracias á Dios que está usted con la pierna quebrada. ¡Jorobarse!... Ya la veo á usted arbitrando de dónde sacar el dinero para el luto. Lo mismo me da. Sáquelo usted... de donde quiera. Venda mi piel para un tambor ó mis huesos para botones... ¡Magnífico, admirable, delicioooooso!...»

Al decir esto vió á Mendizábal en la puerta, y éste, por desgracia, le vió también á él. Grandes fueron la alarma y turbación del anciano al notar que el memorialista le observaba con ademán sospechoso. «Ese animal me ha conocido y

viene tras de mí», pensó Villaamil desliziéndose pegado al muro de las Comendadoras. Antes de volver la esquina, miró, y, en efecto, Mendizábal le seguía paso á paso, como cazador que anda quedito tras la res, procurando no espantarla. En cuanto traspuso el ángulo, Villaamil, recogiendo la capa, apretó á correr despavorido con cuanta rapidez pudo, creyendo escuchar los pasos del otro y que un enorme brazo se alargaba y le cogía por el cogote. Mal rató pasó el infeliz. La suerte que no había nadie por aquellos barrios, pues si pasa gente, y á Mendizábal se le ocurre gritar *¡á ese!*, en aquel mismo punto hubiera acabado la preciosa libertad del buen cesante. Huyó con increíble ligereza, atravesando la plazuela del Limón, pasó por delante del cuartel, temeroso de que la guardia le detuviese, y siguiendo la calle del Conde-Duque, miró hacia atrás, y vió que Mendizábal, aunque le seguía, quedaba bastante lejos. Sin tomar aliento, encaminóse hacia la desierta explanada, y antes que su perseguidor pudiera verle, se ocultó tras un montón de baldosas. Sacando la cabeza con gran precaución y sin sombrero por un hueco de su escondite, vió al hombre-mono desorientado, mirando á derecha é izquierda, y con preferencia á la parte del paseo de Areneros, por donde creyó se había escabullido la caza. «¡Ah! sectario del obscurantismo, ¿querías cogermé? No te mirarás en ese

espejo. Sé yo más que tú, monstruo, feo, más feo que el hambre, y más neo que Judas. Ya sabes que siempre he sido liberal, y que antes moriré que soportar el despotismo. Vete al cuerno, grandísimo reaccionario, que lo que es á mí no me encadenas tú... Me futro en tu absolutismo y en tu inquisición. Jeríngate, animal, carca y liberticida, que yo soy libre y liberal y demócrata, y anarquista y petrolero, y hago mi santísima voluntad...»

Aunque perdiera de vista al feo *gorilla*, no las tenía todas consigo. Conocedor de la fuerza hercúlea de su portero, sabía que si éste le echaba la zarpa, no le soltaría á dos tirones; y para evitar su encuentro, se agachó buscando la sombra y amparo de los sillares ó rimeros de adoquines que de trecho en trecho había. Protegido por la densa obscuridad, volvió á ver al memorialista, que al parecer se retiraba desesperanzado de encontrarle. «Abur, lechuzo, sicario del fanatismo y opresor de los pueblos... ¡Miren qué facha, qué brazos y qué cuerpo! No andas á cuatro pies por milagro de Dios. Joróbate y búscame, y date tono con doña Pura, diciéndole que me viste... Zángano, neo, salvaje, los demonios carguen contigo».

Cuando se creyó seguro, volvió á internarse en las calles, siempre con el recelo de que Mendizábal le iba á los alcances, y no daba un paso sin revolver la vista á un lado y otro. Creía verle

salir de todos los portales ó agazapado en todos los rincones oscuros, acechándole para caer encima con salto de mono y coraje de león. Al doblar la esquina del callejón del Cristo para entrar en la calle de Amanuel, ¡pataplúm! cádate á Mendizábal hablando con unas mujeres. Afortunadamente, el memorialista le volvía la espalda y no pudo verle. Pero Villaamil, viéndose cogido, tuvo una inspiración súbita, que fué meterse por la primera puerta que halló á mano. Encontróse dentro de una taberna. Para justificar su brusco ingreso, pasado el primer instante de sobresalto, fué al mostrador y pidió Cariñena. Mientras le servían observó la concurrencia: dos sargentos, tres paisanos de chaqueta corta y cuatro mozas de malísimo pelaje. «¡Vaya unas chicas guapas y elegantes!—dijo mirándolas, al beber, por encima del vaso.— Véase por dónde me entran ahora ganas de echarles alguna flor... ¡yo que desde que llevé á Pura al altar no he dicho á ninguna mujer *por ahí te pudras!*... Pero con la libertad parece que me remozo, y que me resucita la juventud... vaya... y me bailan por el cuerpo unas alegrías... ¡Cuidado que pasarse un hombre seis lustros sin acordarse de más mujer que la suya!... ¡Qué cosas!... Vamos, que también me da por beberme otra copa... Treinta años de virtud disculpan que uno eche ahora media docena de canas al aire... (Al tabernero.) Déme usted otra copita... Pues lo que es las mo-

zas me están gustando; y si no fuera por esos gandules que las cortejan, les diría yo algo por donde comprendiesen lo que va de tratar con caballeros á andar entre gansos y soldaduchos... Debiera trabar conversación, al menos para dar tiempo á que desfile Mendizábal... ¡Dios mío, líbrame de esa fiera ultramontana y faccioso!... Nada, que me gustan las niñas; sobre todo aquella que tiene el moño alto y el mantón colorado... También ella me mira, y... Ojo, Ramón, que estas aventuras son peligrosas. Modérate, y para hacer más tiempo, toma una copita más. Paisano, otra...»

La partida salió, y Villaamil, calculando con rápida inspiración, se dijo: «Me meto entre ellos, y si aún está el esperpento ahí, me escabullo mezclado con estos galanes y estas señoras». Así lo hizo, y salió confundido con las mozas, que á él le parecían de ley, y con los militares. Mendizábal no estaba en la calle ya; pero don Ramón no las tenía todas consigo y siguió tras la patulea, pegado á ella lo más posible, reflexionando: «En último caso, si el orangután ese me ataca, es fácil que estos bravos militares salgan á defenderme... Vas bien, Ramón, no temas... La sacrosanta libertad, hija del Cielo, no te la quita ya nadie».

Al llegar cerca de las Capuchinas, vió que la alegre banda desaparecía por la calle de Juan de Dios. Oyó carcajadas de las desenvueltas mucha-

chas, y juramentos y voquibles de los hombres. Mirando con tristeza y envidia el grupo: «¡Oh dichosa edad de la despreocupación y del *qué se me da á mí!* Dios os la prolongue. Haced todos los disparates que se os ocurran, jóvenes, y pecad todo lo que podáis, y reíos del mundo y sus incumbencias, antes que os llegue la negra y caigáis en la horrible esclavitud del pan de cada día y de la posición social».

Al decir esto, todas sus ideas accesorias é incidentales se desvanecieron, dejando campar sola y dominante la idea constitutiva de su lamentable estado psicológico. «Debe de ser tarde, Ramón. Apresúrate á ponerte punto final. Dios lo dispone». De aquí pasó al recuerdo de Luis, de quien tan cerca estaba, pues el anciano había entrado en la calle de los Reyes. Paróse frente á la casa de Cabrera, y mirando hacia el segundo, soltó en el embozo de su capa estas expresiones: «Luisín, niño mío, tú, lo más puro y lo más noble de la familia, digno hijo de tu madre, á á quien voy á ver pronto, ¿qué tal te encuentras con esos señores? ¿Extrañas la casa? Tranquilízate, que ya te irás acostumbrando á ellos; son buenas personas, tienen mucho arreglo, gastan poco, te criarán bien, harán de ti un hombre. No te pese haber venido. Haz caso de mí que te quiero tanto, y hasta me dan ganas de rezarte, porque tú eres un santo en flor y te han de canonizar... como si lo viera. Por tu boca

inocente se me confirmó lo que ya se me había revelado... y yo que aun dudaba, desde que te oí, ya no dudé más. Adiós, chiquillo celestial; tu abuelito te bendice... mejor sería decirte que te pide la bendición, porque eres un santito, y el día que cantes misa, verás, verás qué alegría hay en el Cielo... y en la tierra... Adiós, tengo prisa... Duérmete, y si eres desgraciado y alguien te quita tu libertad, ¿sabes lo que haces? pues te largas de aquí... hay mil maneras... y ya sabes dónde me tienes... Siempre tuyo...»

Esto último lo dijo andando hacia la plaza de San Marcial con reposado continente, como hombre que vuelve á su casa sin prisa, cumplidos los deberes de la jornada. Encontróse de nuevo en los vertederos de la Montaña, en lugares á donde no llega el alumbrado público, y los altibajos del terreno poníanle en peligro de dar con su cuerpo en tierra antes de sazón. Por fin, se detuvo en el corte de un terraplén reciente, en cuyo movedizo talud no se podía aventurar nadie sin hundirse hasta la rodilla, amén del peligro de rodar al fondo invisible. Al detenerse, asaltóle una idea desconsoladora, fruto de aquella costumbre de ponerse en lo peor y hacer cálculos pesimistas. «Ahora que veo cercano el término de mi esclavitud y mi entrada en la Gloria Eterna, la maldita suerte me va á jugar otra mala pasada. Va á resultar (sacando el arma) que este condenado instrumento falla... y me

quedo vivo ó á medio morir, que es lo peor que puede pasarme, porque me recogerán y me llevarán otra vez con las condenadas *Miaus...* ¡Qué desgraciado soy! Y sucederá lo que temo... como si lo viera... Basta que yo desee una cosa, para que suceda la contraria... ¿Quiero suprimirme? Pues la perra suerte lo arreglará de modo que siga viviendo».

Pero el procedimiento lógico que tan buenos resultados le diera en su vida, el sistema aquel de imaginar el reverso del deseo para que el deseo se realizase, le inspiró estos pensamientos: «Me figuraré que voy á errar el jeringado tiro, y como me lo imagine bien, con obstinación sostenida de la mente, el tiritito saldrá... ¡Siempre la contraria! Conque á ello... Me imagino que no voy á quedar muerto, y que me llevarán á mi casa... ¡Jesús! Otra vez Pura y Milagros, y mi hija, con sus salidas de pie de banco, y aquella miseria, aquel pordioseo constante... y vuelta al pretender, á importunar á los amigos... Como si lo viera: este cochino revólver no sirve para nada. ¿Me engañó aquel armero indecente de la calle de Alcalá?... Probémoslo, á ver... pero de hecho me quedo vivo... sólo que... por lo que pueda suceder, me encomiendo á Dios y á San Luisito Cadalso, mi adorado santín... y... Nada, nada, este chisme no vale... ¿Apostamos á que falla el tiro? ¡Ay! Antipáticas *Miaus*, ¡cómo os vais á reir de mí!... Ahora, ahora... ¿á que no sale?

Retumbó el disparo en la soledad de aquel abandonado y tenebroso lugar; Villaamil, dando terrible salto, hincó la cabeza en la movediza tierra, y rodó seco hacia el abismo, sin que el conocimiento le durase más que el tiempo necesario para poder decir: «Pues... sí...»

Madrid, Abril de 1838.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DO. 1625 MONTERREY, MEXICO

FIN DE LA NOVELA

